

Pienso que una hermenéutica así (una hermenéutica analógica) será de utilidad para nuestro tiempo. En cuanto a su consistencia teórica y su viabilidad práctica, tiene la potencia de la analogía de proporcionalidad, que le permite conmensurar y aglutinar diferentes elementos en base a un denominador común, conservando la diferencia propia.

Maurício Beuchot

Potencialidad y vigencia de una hermenéutica analógica

Potentiality and validity of an analog hermeneutics

MAURÍCIO BEUCHOT*

Resumen

El artículo trata de presentar los rasgos esenciales de la propuesta de una hermenéutica analógica, es decir, basada en la noción de analogía, que proviene de los pitagóricos, pasa a Platón, es sistematizada por Aristóteles, recorre la Edad Media y llega hasta la actualidad. Evita la rigidez de la hermenéutica unívoca (como la del positivismo) y la hermenéutica equívoca (como la de algunos posmodernos). Además, tiene un polo metonímico y otro metafórico, por lo que sirve para interpretar textos científicos y textos poéticos, con una capacidad de oscilación entre unos y otros.

Palabras clave: Hermenéutica analógica. Univocidad. Equivocidad. Metonimia. Metáfora.

Abstract

The article intends to provide the essentials of the proposal of an analogic hermeneutics. It is based in the notion of analogy, which begun with the Pythagoreans, is received by Plato, is systematized by Aristotle and goes through the Middle Ages arriving to our time. It avoids the rigidity of univocal hermeneutics (as that of positivists) and the equivocal hermeneutics (of some postmodernists). It has a metonymic pole and another metaphorical, so it can interpret scientific texts as well as poetic ones with a capacity of oscillation among them.

Keywords: Analogic hermeneutics. Univocity. Equivocity. Metonymy. Metaphor.

* Doctor en Filosofía – Universidad Iberoamericana de México; Professor e filósofo da Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, D.F. Email: mbeuchot50@gmail.com

Introducción

En estas páginas me preocuparé de señalar algunos beneficios que nos entrega la hermenéutica analógica. En muchas partes he expuesto su estructura y su función, así como sus cualidades epistemológicas¹; ahora es conveniente apuntar algunas de las ventajas que puede proporcionar su aplicación a la interpretación de los textos, los cuales son múltiples, y a veces demasiado complejos. Ante ellos no cabe una postura reduccionista ni tampoco irreductible. Sobre todo, como lo hemos visto, al aplicarla a las ciencias humanas o sociales, a las humanidades.

Es por eso que se necesita evitar la exigencia rígida de una hermenéutica unívoca y la laxitud excesiva de una hermenéutica equívoca, para ampararse en el seguro puerto de un modo de interpretación intermedio. Ya ese sentido de la mediación es ventajoso, porque está en la línea de la prudencia (*phrónesis*) y conlleva un equilibrio proporcional, el cual comienza por evitar esos extremos viciosos que acaban de hecho con la interpretación, uno por exceso de rigor (la univocidad) y el otro por defecto del mismo (la equivocidad).

Voluntad de potencia de la analogía

Nietzsche centraba su filosofía en la voluntad de potencia o de poder². Es el impulso lo que cuenta. Pues bien, existe una pulsión analógica en el hombre, debido a la cual se puede hablar de una voluntad de poder en el uso de la analogía, en una hermenéutica analógica. En efecto, ésta nos proyecta hacia más allá del texto, y nos empuja hacia la intencionalidad del autor, a pesar de que se nos impone nuestra propia intencionalidad de lectores o intérpretes.

La hermenéutica analógica es una propuesta que atañe, como su nombre lo dice, a la hermenéutica misma; es una modificación de ésta³. De modo igual, su nombre indica que se trata de la utilización de la antigua noción de analogía en la interpretación. Trataré hacer ver la potencialidad que ésta tiene, su voluntad de poder. Para ello, en esta parte haré una exposición sucinta de algunas aplicaciones que puede encontrar.

De hecho, la hermenéutica analógica es una propuesta para disminuir la distensión que se da en la hermenéutica actual entre una posición unívoca, demasiado rígida y pretenciosa, y una posición equívoca, excesivamente

¹ Ver, sobre todo, M. Beuchot, *Epistemología y hermenéutica analógica*, San Luis Potosí (México): Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2011, pp. 139 ss.

² J. P. Stern, *Nietzsche*, Glasgow: Fontana/Collins, 1978, pp. 76 ss.

³ M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, México: UNAM – Itaca, 2009 (4a. ed.), pp. 51 ss.

abierta y derrotada. Eso es ya una ventaja, pues destraba la discusión, que ya llevaba demasiado tiempo entrampada en esos dos extremos (viciosos). Se evitan los dualismos, que van en toda cuestión dicotómica, y se opta por la tríada, que abre más la cuestión, dialécticamente, en busca de una síntesis mediadora.

La hermenéutica, que ha sido la disciplina de la interpretación de textos, ha llegado a un momento en su historia en la que se encuentra distendida, dolorosamente, entre corrientes univocistas y equivocistas. La univocidad es la pretensión de rigor y exactitud, de claridad y distinción, lo cual sólo es un ideal regulativo. Y la equivocidad es el derrumbamiento en lo oscuro y confuso, en lo excesivamente abierto y laxo, que se esconde bajo el nombre de relativismo (extremo). La analogía se coloca en medio de ambos modos de significar, aunque concede que se acerca más a la equivocidad que a la univocidad, sin caerse, empero, en aquélla. Alcanza suficiente claridad y rigor, aun cuando admite también cierto relativismo, un relativismo moderado que es imposible negar en nuestro trasiego con las cosas.

Así, una hermenéutica analógica trata de evitar la rigidez excesiva de la hermenéutica unívoca, como la del positivismo, pero sin caer en la hermenéutica equívoca, como la de muchos posmodernos, que profesan un relativismo tan insostenible como el absolutismo de aquéllos. Se requiere, pues, esta hermenéutica analógica, intermedia y de la mediación, casi marginal, pero que da el suficiente conocimiento como para moverse en el mundo.

La hermenéutica analógica ha surgido como respuesta a estas inquietudes y conflictos de la hermenéutica actual. Se ha ido constituyendo en un movimiento, que abarca varios países latinoamericanos y España, y ya empieza a cultivarse en otros, como Italia, Austria y Rumania. Su favorable recepción indica que está dando frutos, y puede dar más. Aplicaciones como la presente la ayudan a consolidarse, ya que la conveniente aplicación práctica da muestras de la adecuada sistematización teórica. Y las críticas son bien recibidas, en cuanto que favorecen su mejoramiento.

Pienso que una hermenéutica así (una hermenéutica analógica) será de utilidad para nuestro tiempo. En cuanto a su consistencia teórica y su viabilidad práctica, tiene la potencia de la analogía de proporcionalidad, que le permite conmensurar, aglutinar diferentes elementos en base a un denominador común, conservando la diferencia propia. De este modo, podemos concordar diferentes interpretaciones de un texto, con ciertos límites. Guardan entre ellas una proporción, de modo que puede haber más de una interpretación válida del texto (a diferencia de la hermenéutica unívoca, que sólo admite una), dentro de los límites que esa misma proporción señala. Es decir, tenemos con ello una hermenéutica que conmensura varias interpretaciones diferentes, pero con algo de semejanza en común.

Pero también tiene la capacidad de distinguir, en base a un elemento principal, con respecto al cual se ordenan jerárquicamente los demás que

pertenecen a ese ámbito. Es lo que la analogía de atribución permite hacer, en la cual hay un analogado principal y varios analogados secundarios; es decir, se podrá establecer una interpretación como principal, en el sentido de más rica, más fecunda, más apropiada o adecuada, sin pretender, por supuesto, que agote toda la verdad textual, que tenga con el texto una adecuación o correspondencia que las demás nunca van a tener; y las otras interpretaciones cercanas, que también son adecuadas, se colocan en un orden jerárquico descendente, hasta que se llega a un punto en el que ya no son adecuadas, sino que entran en el campo de la equivocidad; estas otras interpretaciones secundarias pueden convivir con la principal, y son válidas, pero sabiendo que son complementarias de la misma, que ven otros aspectos, que exploran otras aristas. Con ello la interpretación ciertamente se enriquece, pero no se abre desmesuradamente, de modo que se diluya o se fragmente, sino que permite varias interpretaciones, pero con límites y con medida, es decir, con proporción, con analogía.

De esta manera, la hermenéutica analógica se manifiesta como voluntad de poder, como pulsión del hombre, que distiende el concepto de analogía para comprender las cosas como textos.

La diferencia analógica

Heidegger hablaba de una diferencia ontológica, por la cual se distinguía entre el ser y el ente, es decir, el ser de los entes, para evitar el olvido en el que se tenía al primero, a favor de los otros⁴. Eso nos haría pasar de lo óntico a lo ontológico. Pero lo que precisamente permite esa distinción es el uso del concepto de analogía en la ontología, que fue lo que permitió distinguir entre la esencia y la existencia o acto de ser. Esto es lo que construye una adecuada ontología. Pero ahora se debe hablar más bien de un olvido del ser por el desconocimiento de la diferencia analógica, de ese concepto indispensable para construir el edificio ontológico. Ahora se encuentra en la hermenéutica analógica.

La hermenéutica misma ha sido vista por Heidegger como un existencialismo del *Dasein*, del hombre⁵, como una modalidad de su existencia que le es esencial. No en balde concebía la ontología como hermenéutica de la facticidad. Y dicha ontología tiene que ser una hermenéutica analógica de la facticidad, so pena de que vuelva a fallarnos, como le pasó a él, por encerrarse en la univocidad, lo cual lo disparó, después, a la equivocidad (cosa que ocurre cuando nos percatamos de que la univocidad plena nos resulta inalcanzable).

Esto es lo que Hans-Georg Gadamer pensó al decir que la *phrónesis* o prudencia es el esquema o figura de la hermenéutica⁶. En efecto, la *phrónesis*

⁴ R. Rodríguez García, *Heidegger y la crisis de la época moderna*, Madrid: Ediciones Pedagógicas, 1994, pp. 147 ss.

⁵ M. Heidegger, *El ser y el tiempo*, § 32, México: FCE, 1971 (4ª. ed.), pp. 166 ss.

⁶ H.-G. Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca: Sígueme, 1977, pp. 48 ss. y 385 ss.

es equilibrio proporcional, analogía. Es sentido de la moderación, búsqueda del término medio de las acciones, para realizarlas de acuerdo con la circunstancia o situación. Con ello se muestra como una racionalidad contextual, que toma en cuenta el contexto y se adapta a él. Y, como interpretar es poner un texto en su contexto, lo que se hace en la hermenéutica viene a ser lo mismo, o por lo menos análogo, a lo que se hace en la ética con la *phrónesis*.

Según lo hace ver Aristóteles, la *phrónesis* o prudencia no es otra cosa que analogía puesta en práctica, hecha vida, carne de uno mismo, en su condición de hábito, es decir, virtud, que cualifica a la persona⁷. Por eso es tan importante la noción de analogía, porque es la de proporción, y la proporción es lo que está en la base de la *phrónesis*, que es la que reclama Gadamer para que se pueda estructurar la hermenéutica, como una virtud de la sutileza, que haga actuar convenientemente al intérprete.

Esta comparación que hace Gadamer de la hermenéutica con la *phrónesis* nos hace darnos cuenta de que está aludiendo a la analogía. La *phrónesis* o prudencia es equilibrio medido, tacto para el término medio, sentido de la proporción, y la proporción es analogía; por consiguiente, la hermenéutica tiene una intencionalidad analógica. Tiende a la analogía ya desde su propia naturaleza o esencia, ya que la univocidad hace innecesaria la interpretación y la equivocidad la hace imposible; en ambos casos se acaba con la hermenéutica. Sólo queda que se realice en los cauces de la analogicidad. La interpretación misma, al ser una cosa prudencial, *phronética*, está llamada a caminar por la analogía, está predispuesta para ser una hermenéutica analógica.

Esto tiene numerosas aplicaciones, ya que la hermenéutica analógica, teniendo como núcleo la *phrónesis*, abre el abanico de las interpretaciones sin dispararse en la fragmentación, ni disolverse en la falta de rigor. Sobre todo es útil en aquellos dominios en los que no se alcanza la exactitud de la univocidad y no se quiere perderse en la ambigüedad e inexactitud de la equivocidad. Veamos algunos casos.

Tanto la *phrónesis* como la analogía (que están muy vinculados) tienen aplicación en la interpretación de las culturas. En efecto, como lo ha estudiado Alessandro Ferrara⁸, la *phrónesis* alcanza a ir más allá del universalismo y el particularismo, supera tanto el absolutismo como el relativismo excesivo. Además, la analogía (que está actuante en el seno de la misma *phrónesis*) ayuda a interpretar los fenómenos culturales y a realizar el diálogo intercultural. Comprende el multiculturalismo y lleva a cabo la interculturalidad, pues enseña a traducir sin plena adecuación (univocidad), pero también sin completa inadecuación (equivocidad), sino con la suficiente comprensión como para poder interactuar con la otra cultura. Eso le da una aplicación interesante en el ámbito de los estudios culturales.

⁷ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, lib. VI.

⁸ A. Ferrara, "On Phronesis", en *Praxis International*, 7:3/4 (1987/1988), p. 251; "Universalisms: Procedural, Contextualist and Pluralist", en D. Rasmussen (ed.), *Universalism vs. Communitarianism. Contemporary Debates in Ethics*, Cambridge, Mass.: The MIT Press, 1995 (2a. ed.), pp. 11 ss.

Aplicación al símbolo y la cultura

Por ejemplo, una hermenéutica analógica tendrá buena aplicación a la interpretación del símbolo, el cual constituye lo principal de cada cultura. Por lo mismo, está bien dispuesta para la interpretación de las culturas y el diálogo intercultural. Ya que en la analogía predomina la diferencia, se podrá resguardar la parte de ésta que tiene una cultura y, sin embargo, salvaguardar la que tiene de universalidad, por la que congenia con todas las demás culturas en lo que llamamos la naturaleza humana.

Esto tiene algo de parecido con la hermenéutica diatópica, de Raimon Panikkar y de Boaventura de Souza Santos, que es una hermenéutica que trata de resaltar las particularidades sin perder lo universal⁹. Esto es lo que en la hermenéutica analógica se ve con el predominio de la diferencia, que nunca anula completamente la porción de identidad, al menos como semejanza, que es lo que permite universalizar. De otra manera se perdería la posibilidad de defender los derechos humanos, los cuales requieren al menos algo de universalidad en la cual apoyarse.

El tratar de reducir dicotomías, pero de una manera coherente, ha sido peculiar del pragmatismo. Sobre todo se ve en Peirce (pero también en James y Dewey), que trata de no separar tanto lo teórico y lo práctico, lo analítico y lo sintético, y, hasta diría yo, lo universal y lo particular. Peirce pone como ideal la terceridad, es decir, el pensamiento en el que entre dos extremos se encuentra un tercero, siempre mediador. Es la difícil labor de la intermediación, que es cierta síntesis dialéctica, equilibrio, medida, proporción, es decir, analogía. El pensamiento analógico está llamado a buscar síntesis, mediación entre opuestos (como lo vio Nicolás de Cusa).

Este carácter de dia-relato, de dia-filosofía, que ya se mencionó, está muy cerca — según vimos — de la hermenéutica diatópica de Panikkar, que privilegia lo particular, pero sin perder lo universal; sólo que, en lugar de buscar *universales culturales*, busca *invariantes humanos*. Son formas parecidas de esfuerzo por salvaguardar la diferencia, la diversidad, pero siempre en el marco de la universalidad, de algo que asegure y garantice la capacidad de universalización que se requiere incluso para el diálogo.

Aquí sí he encontrado un punto de discrepancia con Panikkar. En un congreso, en la Universidad Pontificia de México, en 1994, me decía que el símbolo no se interpreta, se vive. Lo argumentaba diciendo que solamente el que ha nacido en una cultura, como la india, puede entender los símbolos de la misma. En cambio, yo creo que un símbolo de otra cultura se puede interpretar, claro que con pérdida; pero se puede tratar de aprender qué significa, y acercarse a su comprensión, al menos por analogía. Esa discrepancia se nota más en un libro posterior de Panikkar, en el que hay

⁹ R. Panikkar, *La experiencia filosófica de la India*, Madrid: Trotta, 1997, p. 46; B. de Souza Santos, *La caída del Angelus Novus: ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*, Bogotá: ILSA/UNC, 2003, p. 38.

un capítulo con el título “Es un discurso polisémico que no puede ser ni siquiera analógico”, aludiendo al discurso religioso, el cual no puede tener a alguna religión o a alguna deidad como analogado principal¹⁰. Allí se ve este alejamiento de Panikker respecto de la analogía. Si un discurso es polisémico, es decir, multívoco, y no es analógico, entonces es equívoco. Se condena al símbolo a la equivocidad, siendo que ya el propio Kant decía que sólo se podía conocer por analogía, mediante un procedimiento analógico.

Tenemos que buscar una conmensuración universal entre las culturas, algo que nos haga preservar los derechos humanos, que tienen esa vocación universalista, como algo que está por encima de la mediación de las culturas, como algo que se pretende natural. Ya el encontrar universales culturales nos hace alcanzar esa parte natural en el hombre, lo que se ha llamado naturaleza humana o, por lo menos, condición humana. A esto nos ayuda una hermenéutica analógica.

De manera parecida es como se puede superar la acusación de falacia naturalista, y hacer que construyamos válidamente una ética desde nuestro conocimiento del ser humano, de su naturaleza, esto es, desde una ontología de la persona. La cultura es el seno en el que se da el hombre, pues no es una abstracción, sino algo concreto, encarnado en la historia y en la cultura, pero tiene dimensiones que no se ajustan o se reducen a estos límites, sino que van más allá, hacia lo universal y lo que puede garantizar tan importantes prerrogativas: los derechos humanos.

También *puede ayudarnos a construir una filosofía política que supere los desencuentros del liberalismo y el comunitarismo*, en una síntesis más rica, que privilegie a este último, es decir, que propicie las diferencias de las comunidades, pero sin perder los logros innegables del liberalismo, como los derechos humanos, esto es, que evite la exclusión. Con ello se podrá acceder a una mejor respuesta al problema del multiculturalismo, tan presente en nuestros países latinoamericanos, esto es, a un pluralismo cultural analógico, dentro de un marco democrático¹¹.

Y es que la analogía ayuda a ver al otro como semejante, como análogo, como alguien que comparte con nosotros la historia y es nuestro compañero de camino. Ya que se basa en la distinción, la analogía puede ser una herramienta para evitar la cerrazón unívoca, pero también la desmesura equívoca. Acerca sin confundir, y separa sin alejar. Es como un elemento alquímico que cataliza tanto el univocismo como el equivocismo, en la síntesis o conjunción analógica de los contrarios.

Cómo es la interpretación analógica

Recogiendo lo que hemos dicho, y tratando de ejemplificar un poco, veamos cómo es, puede ser, o tiene que ser, el acto de interpretación que

¹⁰ R. Panikker, *Iconos del misterio*, Barcelona: Península, 1998, p. 30.

¹¹ M. Beuchot, *Filosofía política*, México: Ed. Torres, 2006, pp. 186 ss.

resulta de una hermenéutica analógica. En primer lugar, recordemos que la analogía es proporción, por lo que el acto interpretativo analógico buscará en un texto la proporción que toca al autor, al lector y al mismo texto en cuanto al significado. Es decir, hay un significado del autor y un significado del lector que, sintetizados, configuran el significado del texto. En una interpretación analógica, que trata de evitar la univocidad del sentido literal, la cual es inalcanzable, a saber, qué dijo verdaderamente el autor, y dado que en la analogía predomina la diferencia sobre la identidad, se dará predominio al significado del lector, sin que esto redunde en desprecio del significado del hablante o autor. No es dejar de lado el significado o intencionalidad del autor, es simplemente la conciencia y el reconocimiento de que es imposible de alcanzar, y que siempre va a predominar nuestra subjetividad. Sin embargo, también es advertencia de que no por eso nos hemos de resbalar hacia el equivocismo del mero sentido alegórico, según el cual nada, absolutamente nada, se puede recuperar de la intencionalidad del autor y todo se reduce a una producción de sentido que, a la postre, nos hunde en el mar del relativismo y hasta de la incompreensión.

Para lograr esa proporción, esa proporcionalidad que hay que hacer con las intencionalidades del autor y del lector, la interpretación analógica tiene como instrumento la distinción. Distinguir los significados de un texto lleva a evitar el equívoco y también a rechazar la pretensión unívoca de la claridad total; es darse cuenta de que donde quiera está la posibilidad del múltiple significado, de la polisemia o multivocidad, pero también de que siempre acecha la equivocidad, y que se tiene que acudir a la analogía para espantarla. De hecho, la multivocidad es doble: equívoca o análoga; la primera es irreductible, la segunda es manejable. Por eso la analogía nos ahuyenta el fantasma de la equivocidad total, de la que ya no hay salida.

El genial lógico y pragmatista Charles Sanders Peirce decía que la distinción evita el dilema, el argumento dilemático, esa situación en la que nos encontramos sin salida¹². En el ámbito de la hermenéutica, es encontrarnos con dos interpretaciones igualmente insostenibles, o igualmente sostenibles, pero que no conducen a la comprensión. Según ese autor, el dilema se produce por una enumeración insuficiente, por no contar con todas las posibilidades o hipótesis, y eso se logra distinguiendo. Si se nos presentan sólo dos interpretaciones problemáticas, hay que saber encontrar y postular una tercera, o introducir una cuarta, etc. Y para ello se requiere sutileza, la cual, significativamente, era la virtud que se atribuía a los buenos intérpretes. Hacer distinciones relevantes e interesantes, fructíferas, ayuda a encontrar nuevas interpretaciones, a lanzar buenas hipótesis hermenéuticas, que nos ayuden no sólo a salir de las situaciones difíciles, de interpretaciones rivales insuficientes, o igualmente cuestionables, sino a encontrar interpretaciones más adecuadas al texto y, sobre todo, más ricas y fecundas para nosotros.

¹² Ch. S. Peirce, "La crítica de los argumentos" (1892), en *Escritos lógicos*, ed. P. Castrillo, Madrid: Alianza, 1988, p. 202.

Y es que, en efecto, para llevar al límite el símil, podemos comparar la situación hermenéutica o el acontecimiento interpretativo con una situación dilemática, incluso paradójica, en la que nos encontramos, en un extremo, con dos interpretaciones rivales, a cada una de las cuales nos lleva a una contradicción, o a una consecuencia indeseable, como ocurre en el argumento dilemático, donde cada una de las opciones lleva al absurdo. Por eso era llamado silogismo cornuto, según algunos por San Jerónimo, ya que los dos cuernos del dilema daban la impresión de un toro que embestía, y en el que, por evitar un cuerno, se caía mortalmente en el otro¹³. Pero se hablaba jocosamente de romper los cuernos del dilema, y esto se hacía introduciendo la distinción, como haciendo acrobacias con el toro, para burlarlo. Pues bien, la sutileza, la distinción, es algo eminentemente analógico; era usada por los lógicos antiguos para evitar precisamente los dos cuernos de la univocidad y de la equivocidad. Por eso el propio Peirce, excelente lógico, hablaba de la analogía como capacidad de distinción, de encontrar matices, diferencias, diversos sentidos que nos hagan escapar a la simplificación univocista y al enredo equivocista.

También hay que decir que la hermenéutica analógica es toda una experiencia. Jugando con la distinción kantiana entre lo empírico y lo trascendental, Johannes Lotz intituló uno de sus libros sobre el tema, *La experiencia trascendental*¹⁴, dando a entender que sólo acercando a lo empírico lo trascendental, a pesar de que Kant los separaba demasiado, se puede acceder a la propuesta epistemológica que allí se desarrollaba, a mí me gustaría también jugar con los términos y hablar de una experiencia hermenéutico-analógica, dado que la hermenéutica y la analogía no están tan alejadas de lo empírico, ni tampoco de lo trascendental. Se ha de llegar a la conformación de una virtud hermenéutico-analógica, es decir, de una *virtus interpretativa*, que asimile y haga propia la experiencia de la analogía, que ponga en práctica lo que hace que una interpretación sea analógica, lo que nos permite hablar de una hermenéutica basada en la analogía.

Ventajas de esta manera de interpretar

Hemos visto algunas características de la hermenéutica analógica. Lo principal que ofrece es romper la distensión tan dolorosa que sufre la hermenéutica entre las posturas univocistas y las equivocistas. Las primeras la obligan a pretender un rigor y una exactitud que no puede alcanzar. Las otras la arrojan a un relativismo excesivo que acaba con la interpretación misma, haciéndola vana y vacía.

Una hermenéutica analógica se coloca en el medio, como mediadora entre los dos extremos. Con eso puede aprovechar lo mejor de cada una de esas posturas y evitar sus inconvenientes. De la hermenéutica unívoca

¹³ Véase M. Beuchot, *Introducción a la lógica*, México: UNAM, 2004, pp. 97-98.

¹⁴ J. B. Lotz, *La experiencia trascendental*, Madrid: BAC, 1982.

aprende la tensión o tendencia hacia la exactitud, por inalcanzable que sea; por lo menos tiende a ella como a un ideal regulativo. De la hermenéutica equívoca aprende a abrir el ámbito de las interpretaciones de modo que dé cabida al mayor número posible; pero lo hace con discreción, planteando una jerarquía de interpretaciones en la que una será el analogado principal y las otras los analogados secundarios, de manera descendente, hasta el punto en que ya no son adecuadas las interpretaciones y comienzan a ser falsas.

La univocidad es un desierto, poblado de demonios, como los desiertos de los anacoretas. La equivocidad es una jungla, poblada también de demonios, como las junglas de los chamanes. En ambos casos, el ser humano se halla agobiado por lo que le resulta violento, antinatural. Por eso preferimos, en lugar de desierto o jungla, el jardín de la analogía, la cual puede llevarnos a una situación más conforme con la esencia del hombre, más natural, más adecuada¹⁵.

Así, una hermenéutica analógica pretende responder a las inquietudes y demandas del hombre de hoy. Trata de hacer algo por él, en este momento en que la ciencia y la técnica lo amenazan con estrangularlo por su exigencia tan rigorista de exactitud, y en que las humanidades lo amenazan con distenderlo y atomizarlo por su relativismo tan excesivo. Una hermenéutica analógica podrá darle apertura sin fragmentación, y podrá darle exactitud sin rigidez. Tanto en las ciencias humanas como en las tecnociencias, lo cual es ya ganancia¹⁶.

Esto nos ayudará a salir del impasse en el que se encuentra la filosofía actual, bloqueada entre los modernos y los posmodernos. Se han colocado, sobre todo, en el ámbito de la hermenéutica, y por eso a ella hemos acudido para tratar de ayudarla. Y creemos que la hermenéutica analógica ofrecerá un punto de apoyo y una salida. Por lo menos una salida, lo cual es ya una esperanza. Y es que hay que buscar salidas a otras partes, más promisorias y fecundas. Es lo que estamos necesitando. Sobre todo, nos podrá dar mucha ayuda para hacer una filosofía adaptada a nuestros países, donde la diversidad amenaza con fracturar en el relativismo, y se necesita no perder la vinculación con lo universal.

Conclusión

Las características estructurales y funcionales que he señalado para la hermenéutica analógica nos muestran su fecundidad para reactivar el pensamiento en la actualidad. Las hermenéuticas unívocas y equívocas ya han hecho mucho daño. Y es tiempo de que tratemos de reconstruir el panorama de la interpretación en la actualidad. Si la hermenéutica llegó a

¹⁵ J. R. Coca, "Cambio de paradigma en las ciencias factuales. Entre la interpretación y la pedagogía", en *Logos* (ULSA, México, D.F.), n. 106 (ene.-abr. 2008), pp. 79 ss.

¹⁶ El mismo, "La hermenéutica analógica como asidero para la actividad tecnocientífica", en J. Esteban Ortega (ed.), *Hermenéutica analógica en España*, Valladolid: Universidad Europea Miguel de Cervantes – Instituto Superior de Filosofía, 2008, pp. 149 ss.; el mismo y J. L. Pintos, "La (re)interpretación del paradigma tecnocientífico: ciencia, tecnología y sociedad", en *Analogía Filosófica*, XXII/2 (2008), pp. 43 ss.

ser el lenguaje común entre los filósofos de hoy, es necesario rescatarla de esa dolorosa distensión en la que la han tenido esas posiciones extremas. Así podrá tener un futuro más promisorio.

Inclusive, las aportaciones más recientes, como las de las tecnociencias, han recibido ya y están recibiendo aún la aplicación de la hermenéutica analógica, la cual manifiesta así su abierto potencial. Una noción tan antigua, como la de la analogía, procedente de la matemática, incorporada a la filosofía por los pitagóricos, viene a resultar muy rendidora y aplicable a los problemas más recientes de hoy en día. Sobre todo, se presta para desbloquear la pugna a veces sin salida entre univocistas y equivocistas, que ya ha cansado mucho y ha durado demasiado tiempo. Harto de esta situación es que yo he querido buscar un aire nuevo y distinto para la hermenéutica y para la filosofía misma de nuestro momento.